

SAFO

Uno de los más bellos caracteres que distinguen las artes y la poesía griega es la variedad. Con los griegos el hombre aparece, por vez primera, en la historia, desceñido completamente de castas y teocracias. Como la estatua griega se levanta sola y erguida sobre su pedestal marmóreo, el ciudadano griego se levanta solo y erguido sobre su madre tierra. Esta sublime aparición del hombre trae consigo la libertad, y este sublime principio de libertad engendra con el calor que despide su luz innumerables y fecundas variedades. Así como hay dialecto dórico, jonio y eolio, hay también poesía lírica de los eólicos, poesía lírica de los dorios. Siendo el carácter de Grecia un carácter humano, debía ser también un carácter sintético, y siendo un carácter sintético debía unir el Oriente con el Occidente. Uniólos, en efecto, por virtud y obra de su carácter.

La cultura helénica llegó desde las tierras del Asia hasta las tierras de Sicilia, extendiéndose después de haber cumplido y realizado tal síntesis, no sólo por el Mediodía de Italia, por Francia, por España, por el Portugal mismo, y llegando hasta las tierras de Galicia, donde todavía se descubre la estatua griega en las doncellas de Nola. La poesía lírica participó del doble carácter griego: oriental de suyo la eólica, y occidental de suyo la doria. El género humano, por tal modo agradece á Grecia los servicios hechos á la humanidad y á la historia, que su poesía y sus artes entran como frases y tópicos en el habla vulgar de las naciones. Todos sabemos y recordamos lo que significa en las frases corrientes el arpa eolia, suspendida por modo misteriosísimo de los árboles en aquellas costas de mármol y sobre aquellas aguas celestiales, tañida por los vientos marinos que le arrancan á una con sus diversos plectros armoniosísimas cadencias. La diversidad armónica de las razas helenas descúbrese á primera vista en sus dos escuelas poéticas. Leyendo á los eolios, léense también aquellas primitivas inscripciones que relucen cual misterios jeroglíficos en las puertas históricas de Grecia, y leyendo la poesía de los dorios léese aquel sublime y solemne lenguaje y sus cíclicas epopeyas. Las letras eolias esplenden sobre las tierras é islas del Asia Menor, y las

letras dorias esplenden sobre las tierras del Peloponeso y sobre la isla de Sicilia. Los historiadores más ilustres de las letras griegas, enseñan que la poesía lírica de los dorios parece un término medio entre la epopeya, esencialmente objetiva, y la oda, esencialmente subjetiva. Compuesta para el acompañamiento de las danzas griegas, aseméjase á un himno la poesía lírica doria, y exige para su mejor expresión el coro. No así la poesía eolia: sus estrofas parecían sugeridas para cantadas por una sola persona. De consiguiente, los poetas dorios, aun aquellos más íntimamente subjetivos, tienen á una en su voz la voz de un pueblo, mientras los poetas eolios representan, aun los más orientales y asiáticos, la pasión puramente individual. Hoy mismo, á pesar de que ignoramos en gran parte la pronunciación propia de los pueblos antiguos y de los tiempos clásicos, leyendo una oda compuesta por Simónides ó por Píndaro, pertenecientes ambos á las escuelas dorias, á pesar de sus diversos orígenes, os sentís, allá en vuestro corazón, tentados á ingresar en la legión de atletas que, ligeros, corren á ganar en los juegos olímpicos, á la puerta del templo de Delfos, el sagrado laurel de Apolo, ó en la falange de soldados heróicos, ceñidos por su multicolor cimera y armados por su brillantísima espada, que corren, brillando como astros, á pelear

y á morir con Leonidas en las Termópilas, con Milcíades en Maratón, con Temístocles en Salamina, con Arístides en Platea, por la libertad y por la patria. Pero leyendo á Safo, cuya poesía resulta en el tiempo y en el espacio la poesía eolia, sentís que vuestra sangre se mueve con ímpetu, que vuestros nervios se agitan en desorden, que vuestro corazón late con fuerza, que vuestras sienes palpitan con redoblados golpes á impulsos de una pasión individual exaltada naturalmente y enardecida en el éter y en el calor de la poesía.

Corales, eminentemente corales todos los versos de las letras dorias, consagrábanse á las festividades públicas, donde las almas griegas se compenetraban en la patria, ó á las fiestas domésticas, donde las almas de los parientes, reunidas alrededor del hogar, se compenetraban en la familia, necesitando unas y otras, teatro, espectáculos, solemnidad, pueblo, que todo esto significa coro. De aquí dimana la necesidad en los poetas dorios de someterse á los sentimientos públicos y mantener la poesía lírica, no en el subjetivismo que la caracteriza, en una especie de alto y profundo épico espíritu, con toda su verdadera y real objetividad. Los poetas de dramas y epopeyas no pueden representarse á sí mismos, ni en el teatro que pide un pueblo para sostenerse, ni en la epopeya

que pide un pueblo para cantarse. La poesía coral de los dorios resulta, como la elocuencia política, un arte de todo en todo público, un arte de todo en todo nacional, porque al fin y al cabo para los coros habéis menester á los pueblos. No así la poesía eolia. Sólo un alma, completamente desceñida por sí de la colectividad y entregada en lo interior del sér á sí misma, viviendo como viven las almas individuales de sí propias, puede componer una de sus odas. Así, como en el caso de la poetisa que describimos acontece, palpitan en los versos los corazones. Su individualidad íntima, su delicadeza exterior, sus movimientos de pasión profunda, no podrían ponerse de modo alguno sin desflorar allí en las estancias colectivas, fragorosas, solemnes, de un coro que no participa de los sentimientos individuales. Por esta razón los grandes poetas líricos, aquellos que representan esta poesía en toda su ingenuidad, como Heine, como Byron, como Musset, no podrían cantarse jamás en coro. Se cantan así los poetas líricoépicos: Píndaro, Mansoni, Zorrilla, Quintana, Víctor Hugo. En la poesía eólica los intereses generales mismos toman la forma individual, celebrando, más que las ideas colectivas de patria, las ideas colectivas de partido. No puede dudarse, hubo coros en Eolia, pero estos mismos coros, compuestos especialmente para las

ceremonias de bodas y para las fiestas nocturnas de las familias, toman los mismos caracteres individuales, dada la diferencia de géneros, que sus poesías, íntimamente subjetivas. Un poeta eolio, Alceo, representa la poesía lírica objetiva, semiépica y semidramática; y la poetisa de quien hablamos nosotros, la incomparable Safo, representa la poesía eminentemente subjetiva. Para comprender al ilustre Alceo, cuya poesía nos explicará en parte, por comparación á lo menos, la poesía de Safo, necesitase comprender la crisis por que iban atravesando las ciudades eolias en tiempo de sus respectivos poetas. Colocadas aquellas islas en los términos postreros del continente asiático y en los comienzos y entrada del continente europeo, participaban de Asia y de Grecia con igual participación. Por lo que tenían de Asia y de sus privilegios, habitaba en ellas la tiranía y el patriciado; por lo que tenían de Grecia y sus derechos, habitaba en ellas un elemento democrático en lucha continua con los elementos orientales, con las instituciones de Asia. Alceo perteneció al partido aristocrático, en el cual entraba como factor principalísimo la oligarquía, cual sucede forzosamente con todos los privilegios y todos los privilegiados. Natural, muy natural el gobierno de las aristocracias en los territorios del Oriente, como Lesbos, necesitábase para combatir-

los de la fuerza, y la fuerza se personificaba en un dictador ó tirano. Por consecuencia, la pobre Lesbos, allá por los tiempos de Alceo, dudaba perpleja entre los partidos aristocráticos que habían de tomar por fuerza una organización de oligarquía y los partidos democráticos que habían de tomar por fuerza una organización de dictadura, como llamaron más tarde los romanos á las tiranías temporales. Lesbos, pues, oscilaba entre los oligarcas y los tiranos. Llamóse Pitaco el destinado á combatir el partido á que Alceo pertenecía. En los tiempos antiguos, los partidos no solían tener grandísimos escrúpulos, asesinaban al tirano. La familia de Alceo asesinó, en virtud de esta ley ó costumbre, á Pitaco. Expulsados, erraron por el mundo y fueron á Egipto, Babilonia, Judea, Siria, recogiendo pensamientos y dejando cánticos. En ninguna de las viejas obras literarias puede conocerse tan admirablemente como en ésta el carácter subjetivo de la poesía eolia. No se alzó el poeta de Lesbos á cantar, como cantó Tirteo, la libertad y la patria, Tirteo, aquel jonio que llevara en su estro lleno de inspiraciones á los dorios algo más que una espada de general triunfante, una lira de poeta enardecedor. Pero Alceo, aristócrata y asiático, canta, no las ideas de libertad común y helénica, sus sensaciones de poeta proscripto. Así cuando el tirano

Mírsilo muere, lejos de levantarse contra la tiranía en alas de sus ideas sublimes, aconseja la embriaguez, creyendo que no hay hora tan propicia para emborracharse sin medida como la hora en que un tirano muere. Poeta verdaderamente antidemocrático y antirepublicano, su nombre no va unido á ninguna de las grandezas patrias. Unas veces entona cánticos á los cascos, á las espadas, á las armaduras donde ha cincelado el buril antiguo recuerdos patrios; otras veces á los combates singulares mantenidos por su hermano en Babilonia y al marfil de artística empuñadura que para su espada le ha regalado un príncipe oriental. El vino y el amor también le incitan á cánticos alegres, ora el frío invierno le convida á vaciar la copa en el ara de su hogar ante la llama que centellea, ora los rayos de Sirio, secando la naturaleza entera, provocan á remojar labios y lengua. Hasta efectos morales encuentra en el vino este poeta, y de su tiempo y de sus versos dimana la sentencia universalmente conocida que dice *in vino veritas*. Mas lo que principalmente nos atrae á nosotros, biógrafos de Safo, en él, es la pasión por tan inspirada poetisa y tan hermosa mujer sentida en su pecho y los versos que le ha consagrado. Tan maravillosa estatua, en mármol de Paros dibujada por el buril heleno, llevando sobre su cabeza como un astro de

indecible poesía, que ha trascendido á todos los tiempos y ha iluminado todos los espíritus, debía representar, á no dudarlo, el amor satisfecho, el amor feliz, y, sin embargo, representa el amor desconocido, el amor sin esperanza.

Grandes ruinas cercan la poesía griega. Muchas de sus obras principales sólo han quedado á manera de sombras en la conciencia humana y sólo se guardan por medio del recuerdo. Entre las más interesantes poesías antiguas debíamos contar el sublime diálogo empeñado entre Safo y Alceo, en que le pinta éste su amor y aquélla le reconviene y le rechaza. ¡Cuán frágil lo que más puede al hombre animar y envanecer en el mundo, cuán frágil ¡ay! la gloria! De tan sublime y divina manifestación del espíritu humano sólo quedan fragmentos, desde los cuales aun se levantan, por su enorme grandeza moral, enjambres numerosos de luminosísimas ideas. Cuando uno piensa que nosotros llamamos inmortalidad para nuestras producciones al tiempo en que puedan vivir sobre la tierra, y que hasta la tierra se ha de apagar en el espacio, cual misérrima pavesa del sol enfriada por los siglos, ni la gloria sirve ya de incentivo á la producción y al trabajo del alma, y sólo queda sobre las ruinas de tantas esperanzas é ilusiones, como un Dios eterno, el deber moral en la inmensa conciencia. ¡Cuánto

provecho podríamos hoy sacar para conocer el alma que animaba con su luz y con su calor á Safo si en vez de conservarse las ruinas tan sólo se conservara la integridad total de sus divinos versos! Lo cierto es que hay un combate, y combate dramático en el alma de Alceo, entre su amor y su respeto. La mujer le inspira el primer sentimiento, la poetisa el segundo. Y nada refrena tanto los afectos de una pasión tan excesiva cual suele serlo el amor como la fría religión del respeto, en la que todo parece que si no se hiela se temple. De todas suertes, el abandono, la franqueza, el desorden, la exaltación, el vértigo, los apasionamientos que produzca el amor, no pueden ¡ah! compararse, no, con ese otro sentimiento, de tal manera reservado y mudo, que calla, y contempla, y obedece, bien al revés de su contrario, que combate, y asalta, y subyuga, y conquista. Alceo saluda en fragmentos de canción maravillosísima la persona de Safo, y sus labios abiertos á seductoras sonrisas, y sus cabellos olientes á violeta. Después de haber saludado su gracia corporal y sus prendas personales, confíesale que desearía decirle y confiarle cierto secreto de su corazón, á cuyo dicho y á cuya confianza no se atreve por impedirselo ciertos otros afectos, que adivinará ella, viéndolo á veces en su mirada tan audaz y en sus actitudes

tan sumiso. Safo parece, al contestarle, una Diana irridadísima de que atrevido mancebo haya puesto en ella sus ojos y olvidado su nativa castidad. Así le contesta que osara decir todo cuanto sentía, si lo creyera decible, y no ataran pensamientos deshonestos aquella su lengua, capaz de toda poesía. Pero se han perdido estos diálogos. El estilo de bronce ó hierro, la tabla perdurable, la cera dúctil, la mano febril fijarían los versos para la inmortalidad, y, sin embargo, les ha sucedido lo que al cántico de dos ruiseñores en aromado ramaje embellecido por luna llena del estío, han pasado con el aire que los recogiera y divulgara. ¡Cuántas formas delicadas, frases felices, cadencias músicas, inspiraciones amorosas, bellezas clásicas, habránse perdido para las letras y para las ciencias! Así tenemos que resignarnos á obras eolias, parecidas á esas estatuas mutiladas con las cuales tropieza uno en los escombros y que sólo tienen una parte de su cuerpo, mancas unas veces, descabezadas otras, siempre disminuídas por las fuerzas devastadoras que las cóleras de los hombres añaden á los horrores universales por la destrucción y por la muerte sembrados en la naturaleza. De cualquier modo, la poesía de Alceo, sensual, erótica, sectaria, propia de una clase privilegiada y de un patricio soberbio, suele obedecer á sensaciones á veces gro-

seras, pero siempre personales, y nativas, y propias, diferenciándose así en esto de aquellas odas compuestas por los poetas latinos como el artificial Horacio, las cuales, con toda su perfecta ejecución y todo su hermosísimo lenguaje, parecen temas imitados de retórica más bien que hondos sentimientos tenidos y guardados en las profundidades del alma. A pesar de que sólo han quedado, como hemos dicho, del poeta griego, ruinas, éstas sirven para revelarnos la enormidad colosal de su genio y decirnos la increíble belleza y la melodiosa música de sus metros.

A la cabeza del arte eolio hállase una mujer, y esta mujer se denomina Safo. El genio antiguo hala querido y admirado sin tasa. Disputánsela dos ciudades, pero las dos de Lesbos, isla que lleva todavía su alma en el cielo y las huellas de aquellas sus plantas en los pedruscos de sus costas. Eresos y Mitilene se creyeron respectivamente su patria, pero la crítica yace á este respecto en una indecisión irremediable, y quien más afirma la educa en aquella ciudad y la mata en ésta. También las desgracias políticas de su nación asaltaron la existencia de tal poetisa y la hirieron el corazón, proscribiéndola como si fuera un jefe de partido. No debemos olvidar nunca jamás el influjo alcanzado por la mujer en todos los tiempos y en todos

los pueblos helenos. El matriarcado, ejercido por las mujeres primitivas, y tan tarde suplantado por la grande autoridad del padre, prueba cómo el sexo hermoso ejerció su incontrastable influjo en la primitiva Grecia. Las amazonas mismas quedan como ejemplo vivo de la superioridad femenil entre aquellas ciudades y gentes. Así cuando la poesía griega se personificó en una mujer tan inspirada como Safo, los griegos, ya que no pudieran ponerla entre las diosas, pusiéronla, y con razón, entre las musas. El lado moral de su vida parece desdichadamente afeado por multitud innumerable de faltas y de vicios sin nombre y sin cuento. Pero en todo esto debe suceder lo mismo que sucedió con Sócrates, con Platón y con Demóstenes, asaltados por las calumnias de la comedia, enemiga tan semejante á la prensa de hoy, y que han pasado á la posteridad como verdades, sin atender á la naturaleza de combate, revestida siempre por la política, donde se sustituye al cruce de las armas que matan los cuerpos en la guerra el cruce de las armas que asesinan el honor y el renombre, con los cuales dirigen los hombres superiores á su generación y á su tiempo. A pesar de tales divulgadas calumnias no deja Safo de tener poesías en cuyos versos resplandece la moral más pura. Por ejemplo, un su hermano, aristócrata, patricio, caballero de Mitilene, compra

una hetaira, como si dijéramos, una sierva, por la corrupción allí reinante adscrita de antiguo á sus placeres, y comparte con ella, no solamente los goces materiales del sentido, sino los espiritualistas goces del alma. Safo arguye de pervertido y débil á un hermano que cree adscribir á sí una mujer, cuando él se adscribe á ella. Pues bien, gran parte de los historiadores antiguos, y hasta de los críticos modernos, han puesto á Safo entre las hetairas griegas, olvidando cómo, de tener tal condición y oficio, no se hubiese atrevido á condenarlos en sus afines y congéneres. Los versos dirigidos contra la vida impura de su hermano, si á los versos dirigidos contra los requiebros y arrullos de Alceo se unen y suman ¡ah! muestran la superioridad moral indecible de aquella mujer en quien tanto se ha cebado la calumnia y que tan manchada se ha ofrecido al concepto vulgar de cuantos ponen falsas y pervertidas tradiciones sobre las grandes realidades históricas. Indudablemente una poetisa que perteneció á edades bien apartadas y legendarias del antiguo mundo helénico no conoció nunca los afeites y los disfraces, más ó menos retóricos y sabios, con que una civilización avanzada oculta ó disfraza las emociones más naturales y sencillas. Ingenua en la expresión, hija de la naturaleza, el candor suyo, propio de las edades primitivas, pre-

senta su poesía con una desnudez muy análoga ciertamente á la desnudez que tuvieron muchas de nuestras poesías cristianas y hasta místicas en la Edad Media. El crudo naturalismo de nuestros poetas católicos, muchos de ellos clérigos y frailes, no prueba tanto su mucha corrupción como la poca malicia de quienes los escuchan y los leen. En la primitiva epopeya descúbrense ingenuidades como las que Safo expresa con tal escándalo para las orejas de siglos más adelantados y maliciosos. Cuando aquella tan célebre Nausicaa, perfecto y acabado tipo de la hospitalidad marina, se vuelve á Ulises en la *Odissea* y le asegura con verdadero candor y con ingenuidad nativa cómo desearía tener un hijo que se le pareciese, adelantase á la franqueza de Safo, que no indica en sus claridades tanto las perversiones del alma como la ingenuidad candorosa de una emoción profundamente sentida.

No se puede comprender bien el estado particular y la vida especialísima de Safo sin abrazar el conjunto de condiciones que la mujer alcanza en el suelo griego. Perteneciente Grecia por sus orígenes y por sus caracteres á las razas arias, la mujer hallará en una tierra tan espiritualista y tan hermosa una superioridad que no encontraréis en las razas semíticas, digan cuanto quieran sus numerosos defensores. Pero si hay alguna verdad mostrada por